

## «QUINTA PALABRA», de Julio Mariscal Montes

“Alcarabán”, Arcos de la Frontera

Al abrir este interesante libro que escribe Julio Mariscal Montes, nos sorprenden las primeras palabras del prólogo de José María Pemán, que recibimos como una especie de proclama o toque de atención y nos produce —¿por qué no decirlo?— un hondo «escalofrío poético».

Dicen así: *La Poesía cruza por una hora difícil. Una hora de remanso, de recuento, de erudición. Se sabe demasiado y es peligrosísimo «pasarse de listo» haciendo versos.*

Afortunadamente estas palabras no sirven más que como punto de apoyo del famoso escritor para elogiar la obra de Julio Mariscal Montes. De todos modos, necesitamos tranquilizarlos un poco antes de empezar la lectura de «Quinta Palabra», cuyo autor

*ha sacado la cabeza entre tanta sabiduría como un náufrago entre las olas para, después de su salvación heroica, flotar magestuoso sobre el mar sereno de sus sonetos, en cuya composición se afirma como hábil maestro.*

Consta este libro de veinte sonetos, cuidados con alma limpia y corazón reposado, admirativo, logrados todos con exacta precisión en un juego de versos difícilmente sencillos —admitásenos la expresión— dados el tacto y la delicadeza que exige un tema como el de la Pasión, no ya cualquier tema religioso. La Poesía se hace amorosamente breve en cada una de las composiciones de «Quinta Palabra» y ampliamente amorosa en las dedicatorias del poeta, que son como obsequios infinitos de su propiedad espiritual.

Así es la poesía y la forma de hacer de Julio, tal le nombra cariñosamente en su prólogo el ilustre académico.

La obra de Julio Mariscal Montes ofrece una unidad y un equilibrio nada comunes, por lo que no resulta del todo fácil hacer destacar ninguno de sus versos con la intención justa que quisiéramos hacerlo. Sin embargo, es muy de nuestro agrado cerrar esta sucinta reseña con dos tercetos de lo que más nos ha emocionado:

«Cristo está aquí clavado, remachado a salivazo limpio por la oscura cerrazón de la noche en agonía.

Cristo con una rosa en el costado y la Última Palabra, seca y dura, colgándole del labio todavía».

J. A. V.

## «ANCLA ENAMORADA», por Julio Alfredo Egea

(GRANADA, 1956)

Es audaz interpretar la calidad de un sentimiento. Los poetas, no es necesario entendamos de poesía. Yo, sinceramente, no entiendo de poesía; la comprendo solamente. Entender de arte, no es comprenderle. Un crítico puede saber si una obra es buena, por oficio, pero no puede llegar a comprenderla. La comprensión es el cerebro del sentimiento, por eso, cuando Egea nos dice en el poema inicial

«Traeros el corazón, es necesario»

Nosotros comprendemos que esta imagen es extraordinaria, la sentimos así y lo decimos. El sentimiento es lo harto elocuente como para prescindir de la sintaxis. La palabra es la forma del sentido.

Agrupados en una trinidad de secciones: LA CITA, LA SANGRE ENAMORADA Y LA LLAGADA —esta última un conjunto de sonetos perfectos en su construcción, diáfanos en su ameno contenido—, Julio Alfredo Egea, acierta en «Estanque», «Recuerdo», «Tierra», «Caída», «Juan», «Poema del niño mudo que murió en Otoño», «El Tonto» y «Nosotros los poetas». Estos dos últimos son maravillosamente humanos y profundos. El primero dice así:

«Apareces huidizo en las esquinas acosado por perros y chiquillos. A veces dices cosas jubilosas y a veces cosas serias y profundas que hacen pensar...»

Le disculpa diciéndolo: «Acaso seas poeta fracasado»...

Y le consuela. Tal vez sea: «profesional en rosas celestiales».

«Nosotros, los poetas» es una composición de arte menor, donde el lirismo del autor alcanza una prodigiosa autenticidad; hay momentos de plena emoción, de exquisita resignación como:

«Debemos sonreír como cuando nos muere una mujer o un niño».

Aparecen imágenes donde su sentir revela una rara veracidad:

«... y otras veces soñamos con la amada difícil de un ganster neoyorquino».

O de una sosegada melancolía:

«Otras veces doblamos nuestra alma de papel para echarla al buzón de algún pueblo olvidado, sin dirección ninguna».

Julio A. Egea, es poeta de vocación

«Porque todo lo nuestro nos llegará doliendo...».

Porque sin vivir del verso vive para el verso, versifica el gozo y el dolor serenos, y una continua preocupación social le ocupa el tiempo sin horas de su pensar. Egea piensa sin aparente dificultad; se dedica a cumplir una elevada función sin ostentosos conceptos ni metafóricas ornamentaciones.

No conozco de modo personal o visual a Julio A. Egea; no obstante, me aventuro a citar su firme personalidad verificada en su obra. Adaptada su alma superior a un proceso disciplinado y apacible, sin excentricidades accesorias que pudieran perturbar el orden justo de su vida sensitiva, es consciente de sus sueños pacíficos y honrados. La realidad es para él como una piedra oculta por lienzos transparentes o ajustados a sus cantos o declives, para evitar cóncavas superficies que mientan lechos mullidos donde el ser se arroje confiado.

De su pura poemática se desprende una sencillez honda; sustraído el caudal de las fuentes más limpias, sus aguas

andariegas y sútiles van amasando paisajes y situaciones no exentas de una bucólica y oscura belleza, como aquella del amigo desviado en la encrucijada «del farol 12», tentando las vertientes escarpadas de su derrota moral, el poeta se asume la responsabilidad que la amistad le autoriza, reprendiéndole la debilidad: «No estoy conforme, no».

El estilo recio y apretado del autor, deriva a raíz de esta estrofa sintética y característica sobre el hombre fenecido:

«Quizás había soñado en ser siemiente sin pensar que los hombres no se siembran para nada cuando su corazón ya no florece».

Le apenan los hombres que miran la naturaleza prácticamente, olvidándose de Dios en su estática y sublime inmensidad:

«Pasa otro hombre y tan solo se acuerda de la sed de sus [trigos].»

Cuando mira el «Estanque», entonces sueña aislarse de un prójimo insensible:

«Difícilmente oculto en una gota de agua con todo el cielo dentro».

Julio A. Egea, más original en «Rosa de los Vientos» que en las demás composiciones que integran ANCLA ENAMORADA, en ningún momento se aparta de nuestro sentir humano, aunque se pierda en ocasiones con retóricas imágenes, para aparecer, de nuevo, en intervalos de fervorosa ansiedad pidiendo por el hijo.

«Señor, que sea poeta».

JULIÁN LANCHAS JIMENEZ